

Mientras ejecutaba este movimiento, no pudo menos de notar que la visitante se había vuelto en la meseta de la escalera para decir á otra persona que se había quedado en la obscuridad :

— Podéis entrar, señora, pues está en casa.

Cerróse de nuevo la puerta, y las mujeres que hemos visto preguntar por la calle de San Claudio, acababan de entrar en la casa de la condesa de la Motte.

— ¿Quién debo anunciar á la señora condesa? preguntó Clotilde paseando con curiosidad, aunque respetuosamente, la luz por delante de la cara de las dos señoras.

— Anunciad una dama de la Caridad, dijo la mayor.

— ¿ De París ?

— No, de Versalles.

Clotilde entró en el aposento de su ama, y las extranjeras, siguiéndola, se hallaron en el cuarto alumbrado en el momento en que Juana de Valois se levantaba penosamente de su sillón para saludar con mucha urbanidad á las dos huéspedas.

Clotilde adelantó los otros dos sillones, á fin de que las visitantes pudiesen escoger asiento, y se retiró á la antesala con una meditada lentitud que dejaba adivinar su intención de escuchar detrás de la puerta la conversación que iba á entablarse.

CAPÍTULO III.

JUANA DE LA MOTTE DE VALOIS.

Cuando Juana de la Motte pudo levantar cortesmente los ojos, su primer cuidado fué ver con qué caras tenía que habérselas.

La mayor de las dos mujeres podía tener, como hemos dicho, de treinta á treinta y dos años, y era de una hermosura notable, aunque cierto aire de altivez pintada en todo su semblante quitaba á su fisonomía una parte del encanto que podía tener. Al menos, tal fué el juicio que formó Juana por lo poco que percibió de la fisonomía de la visitante.

En efecto, prefiriendo un sillón al sofá, se había colocado distante de los rayos de la luz que despedía la lámpara, retirándose en un ángulo del cuarto, y calando sobre su frente la cofia de tafetán acolchado de su capotillo, que de ese modo proyectaba una sombra sobre su cara.

Pero tenía la cabeza tan erguida, el ojo tan vivo y tan naturalmente dilatado, que aun dejando aparte todo rasgo particular, bastaba el conjunto para revelar en la visitante una mujer de bella raza, y sobre todo de raza noble.

Su compañera, menos tímida, al menos en apariencia, aunque más joven en cuatro ó cinco años, no disimulaba su verdadera hermosura.

Una cara admirable por su cutis y color, un tocado que descubría las sienes y realzaba el óvalo perfecto del rostro; dos grandes ojos azules de una dulzura serena y penetrantes hasta la profundidad; una boca de un suave dibujo á la que la naturaleza había departido la franqueza, y la educación y la etiqueta habían dado la discreción; una nariz cuya forma no habría tenido que envidiar nada á la de la Venus de Médicis, he ahí lo que la rápida ojeada de Juana pudo percibir. Luego, descendiendo aun á otros pormenores, la condesa pudo notar en la más joven de las dos mujeres un talle más fino y flexible que el de su compañera, un pecho más espacioso y un galbo más rico, en fin una manita tan rolliza cuanto era nerviosa y fina la de la otra señora.

Juana de Valois hizo todas estas observaciones en algunos segundos, es decir, en menos tiempo del que hemos tardado en consignarlas aquí.

Y hechas que fueron, preguntó con amabilidad la dichosa circunstancia á que debía la visita de aquellas señoras.

Las dos mujeres se miraron una á otra, y á una seña de la mayor:

— Señora, dijo la más joven, pues creo que sois casada...

— Tengo el honor de ser la mujer del señor conde de La Motte, señora, un excelente caballero.

— Y bien, señora condesa, nosotros somos las damas superiores de una fundación de caridad. Nos han dicho respecto á vuestra condición varias cosas que nos han interesado, y en su virtud hemos querido obtener algunos

pormenores precisos sobre vos y sobre lo que os concierne.

Juana aguardó un instante antes de responder.

— Señoras, dijo, notando la reserva de la segunda visitante, estáis viendo el retrato de Enrique III, es decir, del hermano de mi abuelo; yo soy seguramente de la sangre de los Valois, como sin duda os habrán dicho.

Y, dicho esto, aguardó una nueva pregunta mirando á sus huéspedes con una especie de humildad orgullosa.

— Señora, interrumpió entonces la voz grave y dulce de la mayor de las dos damas, ¿es cierto, como dicen, que vuestra señora madre ha sido portera de una casa llamada Fontette, situada cerca de Bar-sur-Seine?

Á este recuerdo, Juana se ruborizó, pero al punto respondió sin turbarse:

— Verdad es, señora; mi madre fué portera de una casa llamada Fontette.

— ¡Ah! exclamó la interlocutora.

— Y como María Jossel mi madre era de una rara hermosura, prosiguió Juana, mi padre se prendó de ella y la tomó por esposa. Yo soy de raza noble por mi padre, señora, pues era un Saint-Remy de Valois, descendiente por línea recta de los Valois que han reinado.

— ¿Pero cómo habéis venido á parar en este estado de miseria, señora? preguntó la misma señora que la había interrogado ya.

— ¡Ay Dios! fácil es de comprender.

— Ya os escucho.

— No ignoráis que después del advenimiento de Enrique IV, que hizo pasar la corona de la casa de los Valois á la de los Borbones, la familia destronada tenía aun algunos vás-

tagos, oscuros sin duda, pero incontestablemente descendientes de la estirpe común á los cuatro hermanos que tan fatalmente perecieron.

Las dos señoras hicieron un signo que podía pasar por afirmativo.

— Los vástagos de los Valois, prosiguió Juana, temiendo, á pesar de su obscuridad, hacer sombra á la nueva familia real, cambiaron su nombre por el de Remy, tomado en una posesión, y desde el tiempo de Luis XIII se los halla con este nombre en la genealogía hasta el penúltimo Valois, mi abuelo, quien, viendo la monarquía afianzada y la antigua rama olvidada, creyó no debía privarse por más tiempo de un nombre ilustre que era su único patrimonio. De consiguiente volvió á tomar el de Valois, y lo llevó en la obscuridad de la pobreza, en el fondo de su provincia, sin que ninguno de la corte de Francia pensase que fuera de la irradiación del trono vegetaba un descendiente de los antiguos reyes de Francia, si no los más gloriosos de la monarquía, á lo menos los más infortunados.

Á estas palabras, Juana se interrumpió.

Había hablado sencillamente y con una moderación que había sido notada.

— ¿Sin duda tenéis vuestras pruebas en toda regla, señora? dijo la mayor de las dos visitantes con mucha dulzura, y fijando una penetrante mirada en la que se decía descendiente de los Valois.

— ¡Oh, señora! respondió ésta con amarga sonrisa; las pruebas no me faltan. Mi padre había mandado hacerlas, y al morir me las dejó todas, á falta de otra herencia; pero ¿de qué sirven las pruebas de una verdad inútil, ó de una verdad que nadie quiere reconocer?

— ¿Ha muerto vuestro padre? preguntó la más joven de las dos señoras.

— ¡Ay! sí, señora.

— ¿En Provincia?

— No, señora.

— ¿Entonces en París?

— Sí.

— ¿En este aposento?

— No, señora; ¡mi padre, barón de Valois, resobriño de Enrique III, ha muerto de hambre y miseria!

— ¡Imposible! exclamaron á un tiempo las dos señoras.

— ¡Y no aquí, prosiguió Juana, no en este pobre tabuco, no en su cama, aunque miserable! No; mi padre murió al lado de los más miserables y enfermos; ¡murió en el hospital general de París!

Las dos señoras lanzaron un grito de sorpresa que parecía un grito de espanto.

Juana, satisfecha del efecto que había producido por el arte con que había arreglado el período y preparado su desenlace, quedó inmóvil, con la vista baja y las manos inertes.

La mayor de las dos señoras la examinaba con atención é inteligencia, y no viendo en aquel dolor, tan sencillo á la par que natural, nada de lo que caracteriza el charlatanismo y la vulgaridad, tomó la palabra:

— Según lo que nos decís, señora, habéis sufrido grandes desgracias, y la muerte de vuestro padre...

— ¡Oh! si yo os contase mi vida, señora, veríais que la muerte de mi padre no entra en el número de los mayores.

— ¡Cómo, señora! ¿tenéis como un mal menor la pérdida de un padre? preguntó la señora frunciendo el entrecejo con severidad.

— Sí, señora; y al decir esto, hablo como una hija piadosa; porque mi padre, muriendo, se ha librado de todos los males que le abrumaban en este mundo, y que siguen abrumando á su desventurada familia. De consiguiente, en medio del dolor que me causa su pérdida, experimento cierta ategria al pensar que mi padre ha muerto, y que el descendiente de los reyes no se ve ya reducido á mendigar su pan!

— ¡Mendigar su pan!

— ¡Oh! lo digo sin avergonzarme, porque en nuestras desgracias ninguna parte ha tenido la falta de mi padre ni la mía.

— Pero vuestra señora madre...

— Y bien; con la misma franqueza con que acabo de deciros que daba gracias á Dios por haber llamado á sí á mi padre, me quejo á Dios por haber dejado vivir á mi madre.

Las dos señoras se miraron, casi estremeciéndose de estas extrañas palabras.

— ¿Sería acaso una indiscreción, señora, el pedirnos una relación más circunstanciada de vuestras desgracias? dijo la mayor.

— La indiscreción, señora, la cometería yo, porque fatigaría vuestros oídos con la relación de unos dolores que no pueden menos de seros indiferentes.

— Ya os escucho, señora, repuso respetuosamente la mayor de las dos señoras, á quien su compañera dió al mismo tiempo una ojeada en forma de advertencia para invitarla á observar.

En efecto, el acento imperioso de aquella voz había chocado á la misma madama de la Motte, quien miraba á aquella señora con asombro.

— Escucho, pues, repitió ésta con una voz menos acentuada, si tenéis á bien hacerme la gracia de hablar.

Y cediendo á un movimiento de malestar inspirado sin duda por el frío, la que acababa de hablar con un temblor de hombros agitó su pie que se iba quedando helado al contacto de los ladrillos.

Entonces la más joven escurrió hacia ella una especie de tapiz para los pies, que se hallaba bajo su sillón, obsequio que á su vez fué vituperado por una mirada de su compañera.

— Guardad ese tapiz para vos, hermana mía, pues sois más delicada que yo.

— Perdonad, señora, dijo la señora de La Motte, siento con toda mi alma el ver el frío que tenéis; pero la leña se acaba de encarecer otras seis libras más, lo que hace subir el carro á setenta libras, y mi provisión se acabó hace ocho días.

— Decíais, señora, repuso la mayor de las dos visitantes, que erais desgraciada en tener una madre.

— Sí, conozco que semejante blasfemia exige una explicación, ¿no es verdad? señora, dijo Juana. Voy, pues, á daros esa explicación, puesto que habéis dicho que la deseabais.

La interlocutora de la condesa hizo con la cabeza un signo afirmativo.

— Ya he tenido el honor de deciros, señora, que mi padre había contraído un matrimonio disparatado.

— Sí, casándose con la portera.

— Pues bien: María Jossel, mi madre, en vez de estar

eternamente ufana y agradecida al honor que se le hacía, principió por arruinar á mi padre, lo que, verdad es, no era difícil, satisfaciendo á expensas de lo poco que poseía su marido la avidez de sus exigencias. Después, habiéndole reducido á vender hasta su último palmo de tierra, le persuadió que debía venir á París para revindicar los derechos que le daba su nombre. Mi padre se dejó seducir fácilmente; quizás porque tenía esperanza en la justicia del rey. De consiguiente vino á París, después de reducir á dinero lo poco que poseía.

Además de mí, mi padre tenía otro hijo y otra hija. El hijo, desgraciado como yo, vegeta en la última clase del ejército; la hija, mi pobre hermana, fué abandonada la víspera de la salida de mi padre para París, á la puerta de un colono que era su padrino.

Aquel viaje acabó con el poco dinero que nos quedaba. Mi padre se fatigó en demandas inútiles é infructuosas. Apenas se le veía aparecer en casa, en la que, trayendo la miseria, no hallaba más que miseria. En su ausencia, mi madre, que necesitaba una víctima, se exasperó contra mí; principió á echarme en cara la parte que tomaba en la comida, y poco á poco llegué á preferir el no comer más que pan, y aun el no comer nada, á sentarme á nuestra pobre mesa; pero no faltaron á mi madre pretextos para castigarme; á la más leve falta, falta que habría hecho sonreír á otra madre, la mía me golpeaba cruelmente. Algunos vecinos, creyendo hacerme un servicio, denunciaron á mi padre los malos tratamientos de que yo era objeto. Mi padre trató de defenderme contra mi madre, pero no percibía que con su protección convertía á mi enemigo de un momento en madrastra eterna. ¡Ay! yo no podía darle un

consejo en mi propio interés, porque era demasiado niña! yo no me explicaba nada; experimentaba los efectos sin procurar adivinar la causa; conocía el dolor, y nada más.

Mi padre cayó enfermo; al principio tuvo que no salir de su cuarto, y luego que guardar cama. Entonces me hicieron salir del cuarto de mi padre con el pretexto de que mi presencia le fatigaba y de que no sabía reprimir esa necesidad de movimiento que es el grito de la infancia; y una vez fuera del cuarto, quedé á discreción de mi madre como antes. Enseñóme una frase que ella acompañó de golpes y pellizcos; luego, cuando supe de memoria aquella frase humillante que yo instintivamente no quería retener, cuando mis ojos se enrojecieron á fuerza de llorar, me hizo bajar á la puerta de la calle, y desde allí me lanzó sobre el primer transeunte de buena traza, con orden de decirle aquella frase, si no quería morir á golpes.

— ¡Oh! ¡qué espanto, qué espanto! murmuró la más joven de las dos señoras.

— ¿Y qué frase era esa? preguntó la mayor.

— Era esta, señora, respondió Juana: « Señor, compaceceos de esta pobre huerfanita, que desciende por línea recta de Enrique de Valois. »

— ¡Puf! hizo la mayor con un gesto de repugnancia.

— ¿Y qué efecto producía esa frase en aquellos á quienes se dirigía? preguntó la más joven.

— Unos me escuchaban y se compadecían de mí; otros se irritaban y me amenazaban; y otros, en fin, más caritativos que los primeros, me advirtieron que corría grande riesgo pronunciando semejantes palabras, pues podían llegar á oídos prevenidos; pero yo no conocía más que un peligro, el de desobedecer á mi madre; y no tenía más que un temor, el de ser golpeada.

— ¿Y qué sucedió?

— ¡Dios mío! señora, sucedió lo que mi madre esperaba: yo llevaba un poco de dinero á casa, y mi padre vió retardarse algunos días la espantosa perspectiva que le aguardaba, ¡el hospital!

Las facciones de la mayor de las dos señoras se contrajeron, y á los ojos de la más joven asomaron algunas lágrimas.

— En fin, señora, á pesar del alivio que proporcionaba á mi padre, me indignó aquel odioso oficio. Un día, en vez de correr tras de los pasantes y perseguirlos con mi frase de costumbre, me senté al pie de un recantón, donde permanecí una parte del día como anonadada. Por la noche entré en casa con las manos vacías, y mi madre me golpeó tanto que al día siguiente caí enferma.

Entonces fué cuando mi padre, privado de todo recurso, se vió obligado á irse al hospital general, donde falleció.

— ¡Oh! ¡horrible historia! murmuraron las dos señoras.

— Pero entonces, después de la muerte de vuestro padre, ¿qué hicisteis vos? preguntó la más joven de las visitantes.

— Dios se compadeció de mí. Un mes después de la muerte de mi padre, se marchó mi madre con un soldado que era su amante, abandonándonos á mi hermano y á mí.

— ¡Quedasteis huérfanos!

— ¡Oh! señora, nosotros, al contrario de todos los demás, sólo fuimos huérfanos mientras tuvimos una madre... Adoptónos la caridad pública, pero como el mendigar nos repugnaba, solo mendigábamos para cubrir nuestras nece-

sidades. Dios manda á las criaturas que se procuren la vida.

— ¡Ay!

— ¿Qué os diré, señora? Un día tuve la dicha de encontrar una carroza que subía lentamente la cuesta del arrabal de San Marcelo. Detrás iban cuatro lacayos, y dentro una mujer joven y bella aun: le tendí la mano; ella me preguntó, y mi respuesta y mi nombre le causaron al pronto sorpresa y luego incredulidad. Le dí las señas de mi morada, y desde el día siguiente ya ella estaba informada de que yo no había mentado; con lo que nos adoptó á mi hermano y á mí, y colocó á mi hermano en un regimiento y á mi, en casa de una costurera: estábamos ambos salvados del hambre.

— ¿Esa señora no es madama de Boulainvilliers?

— La misma.

— Ha muerto, á lo que creo.

— Sí, señora, y su muerte me ha sumido de nuevo en la miseria.

— Pero su marido vive aun y es rico.

Su marido es á quien debo, señora, todas mis desgracias de joven, como le debo á mi madre todas las desgracias de niña. Había yo crecido, me había embellecido quizás, percibió él esto, quiso poner un precio á sus beneficios; yo rehusé. En ese intermedio murió madama de Boulainvilliers, y yo, á quien ella había casado con un valiente y leal militar, M. de la Motte, separada como estaba de mi marido, me hallé más abandonada después de su muerte de lo que lo estaba después de la muerte de mi padre.

He ahí mi historia, señora. La he abreviado, porque los dolores son siempre largos para contados á las personas

felices, aun cuando éstas sean benéficas, como vos parecéis serlo, señora.

Á este último período de la historia de madama de La Motte sucedió un largo silencio.

La mayor de las dos señoras fué la primera á romperlo, preguntando :

— ¿ Y qué hace vuestro marido ?

— Mi marido se halla de guarnición en Bar-sur-Aube, señora ; sirve en la gendarmería, y, por su lado, espera también tiempos mejores.

— ¿ Pero habéis hecho solicitudes cerca de la corte ?

— ¡ Sin duda !

— ¿ Y el nombre de Valois, justificado con documentos, ha debido despertar simpatías ?

— No sé, señora, qué sentimientos ha podido despertar mi nombre, porque no he recibido respuesta á ninguna de mis solicitudes.

— Sin embargo, habéis visto á los ministros, al rey y á la reina.

— Á nadie. Todas mis tentativas fueron vanas, replicó madama de la Motte.

— Con todo, vos no podéis mendigar.

— No, señora, he perdido ese hábito ; pero...

— Pero ¿ qué ?

— Puedo morir de hambre como mi padre.

— ¿ No tenéis ningún hijo ?

— No, señora, y mi marido, haciéndose matar por el servicio del rey, hallará por su parte á lo menos un fin glorioso á nuestras miserias.

— ¿ Podéis, señora.... siento insistir sobre la materia... podéis presentar pruebas justificativas de vuestra genealogía ?

Juana se levantó ; registró en una gaveta, y sacó algunos papeles que presentó á la señora.

Pero queriendo aprovechar el momento en que ésta se acercase á la luz para examinarlos, á fin de descubrir enteramente sus facciones, dejó adivinar su maniobra por el cuidado con que trató de subir la mecha de la lámpara para aumentar su luz.

Entonces la dama de Caridad, como si la luz ofendiese sus ojos, volvió la espalda á la lámpara, de consiguiente á madama de La Motte, leyó atentamente en esta actitud y compulsó uno á uno todos los documentos.

— Pero estos documentos, dijo, no son más que copias, y no veo ninguno auténtico.

— Las minutas, señora, respondió Juana, están depositadas en lugar seguro, y las exhibiría...

— Si se presentase una ocasión importante, ¿ no es verdad ? añadió sonriendo la señora.

— Indudablemente es una ocasión importante, señora, la que me proporciona el honor de veros ; pero los documentos de que me habláis tienen tal precio para mí, que...

— Comprendo, no podéis entregarlos al primer venido.

— ¡ Oh, señora ! exclamó la condesa, que por último acababa de entrever el rostro lleno de dignidad de la protectora ; me parece que para mí vos no sois una primer venida.

Y abriendo al punto rápidamente otra gaveta que contenía un cajoncito secreto, sacó los originales de los documentos justificativos cerrados cuidadosamente en una cartera con las armas de los Valois.

Los tomó la dama, y después de examinarlos con inteligencia y atención, dijo :

— Tenéis razón; estos títulos están perfectamente en regla, y os aconsejo que no dejéis de presentarlos á quien corresponde.

— ¿Y qué beneficio sacaré de vuestro consejo, señora?

— Sacaréis indudablemente una pensión para vos y un ascenso para M. de La Motte por poco que ese caballero se recomiende por su mérito personal.

— Mi marido es el modelo del honor, señora, y jamás ha faltado á los deberes del servicio militar.

— Basta, señora, dijo la dama de Caridad calándose enteramente su cofia.

Madama de la Motte siguió con ansiedad cada uno de estos movimientos.

Vió á la señora registrar en su bolsillo, del que sacó primero un pañuelo bordado que le había servido para tapar la cara cuando se deslizaba en el trineo á lo largo de los baluartes; luego sacó un paquetito de una pulgada de diámetro y tres ó cuatro de longitud.

La dama de Caridad puso el paquete sobre el ropero de viejo, diciendo:

— La administración de la Caridad me autoriza, señora, á ofreceros este ligero socorro por ahora.

Madama de la Motte echó una rápida ojeada sobre el paquete.

— ¡Escudos de tres libras! pensó. Debe haber á lo menos cincuenta, y aun ciento. Vamos, son ciento cincuenta ó quizás trescientas libras que nos caen del cielo. Sin embargo, muy corto es para contener ciento; pero también es muy largo para cincuenta.

Mientras hacía estas observaciones, las dos señoras habían pasado á la primera pieza, donde estaba durmiendo

Clotilde sobre una silla al lado de una vela, cuyo pábilo rojo y ahumando se elevaba en medio de una capa de sebo derretido.

El olor acre y nauseabundo penetró en la garganta de una de las damas de Caridad que había dejado el paquete sobre el ropero, la cual llevó vivamente la mano al bolsillo y sacó un pomito.

Pero á la llamada de Juana, se despertó la señora Clotilde cogiendo garbosamente el resto de la vela, que ella elevaba como un faro por encima de montañas oscuras, á pesar de las protestas de las extranjeras á quienes emponzoñaba con su alumbrado.

— ¡Hasta la vista, hasta la vista, señora condesa! gritaron, y se precipitaron hasta las escaleras.

— ¿Dónde podría yo tener el honor de expresaros mi gratitud, señoras? preguntó Juana de Valois.

— Ya os lo haremos saber, respondió la mayor bajando con extremada rapidez.

Y se perdió el ruido de sus pasos en las profundidades de los pisos inferiores.

Madama de Valois volvió á su cuarto impaciente de verificar si sus observaciones sobre el paquete eran exactas; pero al atravesar el primer cuarto tropezó con el pie contra un objeto que rodó de la estera que servía para calafatear la puerta por abajo, hasta el entadrillado.

Bajarse, recoger el objeto, correr á la lámpara, tal fué el primer impulso de la condesa de La Motte.

Era una caja de oro, redonda, chata y labrada con bastante sencillez.

Dicha caja contenía algunas pastillas de chocolate perfumado; pero, por chata que fuese, se conocía visiblemente

que contenía un doble fondo, cuyo secreto tardó la condesa un buen rato en hallar.

Al fin halló el resorte y lo oprimió.

Al punto se le presentó un retrato de mujer, severo, radiante de belleza varonil y de imperiosa majestad.

Un tocado alemán y un magnífico collar semejante al de una orden, daban á la fisonomía de aquel retrato una pasmosa extrañeza.

La parte superior de la caja estaba ocupada por una cifra compuesta de una M y una T entrelazadas en una corona de laurel.

Gracias á la semejanza de aquel retrato con la cara de la joven señora su bienhechora, madama de La Motte supuso que era un retrato de madre ó abuela, y preciso es decir que su primer impulso fué correr á la escalera para llamar á las señoras.

Pero en aquel momento se cerraba la puerta de la calle.

Como era demasiado tarde para ir tras ellas, corrió á la ventana para llamarlas; pero el único objeto que percibió fué un rápido cabriolé en el extremo de la calle de San Claudio desembocando en la de San Luis.

La condesa, no teniendo ya esperanza de poder llamar á las dos protectoras, volvió á considerar la caja, prometiéndose hacerla llegar á Versalles; luego, cogiendo el paquete que había quedado en el ropero:

— No me equivocaba, dijo; no hay más que cincuenta escudos.

Y el papel destripado rodó por los ladrillos.

— ¡Luisas, dobles luisas! exclamó la condesa. ¡Cincuenta dobles luisas! ¡Dos mil cuatrocientas libras!!!

Y se pintó en sus ojos el más ávido gozo, mientras

que la señora Clotilde, maravillada al aspecto de más oro de lo que jamás había visto, estaba inmóvil con la boca abierta y las manos juntas.

— ¡Cien luisas! repitió madama de La Motte. ¿Conque tan ricas son esas señoras? ¡Oh! no dejaré de buscarlas!..

CAPÍTULO IV.

BELUS.

Madama de La Motte no se había equivocado creyendo que el cabriolé que acababa de desaparecer llevaba á las dos damas de Caridad.

En efecto, éstas habían hallado al pie de la casa un cabriolé por el estilo de los que se construían en aquella época, es decir, de ruedas altas, caja ligera, alero elevado, con una banqueta cómoda para el jockey que iba en la trasera.

Aquel cabriolé, tirado por un magnífico caballo irlandés, de cola corta, grupa carnosa y color bayo, había sido conducido á la calle de San Claudio por el mismo criado que condujera el trineo, y á quien la dama de Caridad había llamado Weber, como hemos visto más arriba.

Weber tenía el caballo del freno cuando llegaron las damas, tratando de moderar la impaciencia del fogoso animal, que batía con nervioso pie la nieve que se iba endureciendo desde la entrada de la noche.

Cuando se presentaron las dos señoras: — Madama, dijo Weber, iba á enganchar á Escipión, que es muy manso y fácil de conducir; pero Escipión se ha escapado ayer noche, y no quedaba más que Belus.

— ¡Oh! para mí, Weber, ya sabéis que importa poco, respondió la mayor de las dos señoras; tengo la mano nerviosa y estoy acostumbrada á conducir caballos.

— Sé que madama conduce muy bien, pero los caminos están muy malos. ¿Adónde va madama?

— Á Versalles.

— ¿Entonces, por los baluartes?

— No, Weber; porque está helando, y los baluartes estarán llenos de témpanos. Las calles deben ofrecer menos resistencia, á causa de los muchísimos paseantes que deshacen la nieve. Vamos, Weber, ¡pronto, pronto!

Weber sujetó el caballo mientras que las señoras saltaron ligeras en el cabriolé, luego sellanzó á la trasera y advirtió que había subido.

Entonces dijo la mayor de las dos señoras dirigiéndose á su compañera:

— Y bien; ¿qué os ha parecido de la condesa, Andrea?

Y al decir estas palabras, soltó las riendas al caballo, que partió como un relámpago y dió la vuelta á la esquina de la calle de San Luis.

Ese era el momento en que madama de La Motte abría su ventana para llamar á las dos damas de Caridad.

— Me parece, señora, respondió aquélla á quien llamaban Andrea, que madama de La Motte es pobre y muy desgraciada.

— Y bien educada, ¿no es verdad?

— Sí, sin duda.

— Te manifiestas fría respecto de ella, Andrea.

— Si he de confesaros la verdad, hay en su fisonomía algo de astucia que no me agrada.

— ¡ Oh ! Andrea, sois muy desconfiada, bien lo sé ; y para agradaros es preciso no tener un pero. Yo hallo á esa condesita interesante, y sencilla en su orgullo como en su humildad.

— Señora, es una fortuna para ella el haber tenido la dicha de agradaros.

— ¡ Cuidado ! gritó la otra señora apartando vivamente el caballo que iba á derribar á un mozo de cordel en la calle de San Antonio.

— ¡ Cuidado ! gritó Weber con estentórea voz.
Y el cabriolé prosiguió su carrera.

Sólo que se oyeron las imprecaciones del hombre que había escapado de las ruedas, y muchas voces, que zumbando como un eco, le dieron en el mismo instante el apoyo de un clamor el más hostil al cabriolé.

Pero en algunos segundos, Belus puso entre su dueña y los blasfemadores todo el espacio que media entre la calle de Santa Catalina y la plaza Baudoyer.

Allí, como es sabido, se divide el camino, pero la hábil conductora tomó resueltamente la calle de la Tixeranderie, calle populosa, estrecha y muy aristocrática.

Así, á pesar de los ¡ *cuidado!* muy repétidos que lanzaba y de los rugidos de Weber, no se oían más que exclamaciones furiosas de los transeuntes :

— ¡ Oh, el cabriolé ! ¡ Abajo el cabriolé !

Belus seguía abriéndose paso, y su cochero, á pesar de la delicadeza de una mano infantina, le hacía correr rápidamente, y sobre todo con habilidad, por los pantanos de nieve

derretida ó por entre los témpanos más peligrosos que formaban arroyos.

Sin embargo, contra todo lo que era de esperar, no había ocurrido ningún accidente ; una brillante linterna despedía sus rayos de frente, y eso era un lujo de previsión que la policía no había impuesto aun á los cabrioles de aquella época.

Decimos que no había ocurrido ninguna desgracia, que no había tropezado con ningún otro carruaje, ni con un transeunte, lo cual era un milagro, y sin embargo se sucedían sin cesar los gritos y las amenazas.

El cabriolé atravesó con la misma rapidez y felicidad la calle de Saint-Médéric, la de San Martín y la de Aubry-le-Boucher.

Tal vez parezca á nuestros lectores que al acercarse á barrios civilizados, se aminoraría la ferocidad del odio contra el carruaje aristocrático.

Pero al contrario ; apenas entraba Belus en la calle de la Ferronnerie, cuando Weber, perseguido sin tregua por las vociferaciones del populacho, notó que se formaban grupos al paso del cabriolé, y que aun había muchas personas en ademán de correr tras él para detenerlo.

Sin embargo, Weber no quiso inquietar á su ama ; lo que hacía era notar la mucha sangre fría y destreza que ella desplegaba, y lo muy hábilmente que se deslizaba por entre todos aquellos obstáculos, inertes ó vivos, que hacen la desesperación á la par que el triunfo del cochero de París.

En cuanto á Belus, sólido sobre sus corvejones de acero, era tanto lo que la mano que le refrenaba sabía prever las pendientes y los accidentes del terreno, que no había dado siquiera un resbalón.

Ya no se murmuraba alrededor del cabriolé, lo que se

hacía era vociferar; la señora que tenía las riendas lo percibió, y atribuyendo aquella hostilidad á alguna causa vulgar, como el rigor de los tiempos y la indisposición de los ánimos, resolvió abreviar la prueba.

Dió un castañeteo con la lengua, y á esta sola invitación estremeciósse Belus y pasó del trote corto al trote largo.

Las tiendas portátiles huían, los transeúntes se apartaban á un lado, los *¡cuidado, cuidado!* no se interrumpían.

El cabriolé casi llegaba ya al Palacio Real, y acababa de pasar por delante de la calle del Coq-Saint-Honoré, á cuyo frente el más hermoso obelisco de nieve levantaba aun bastante erguida su flecha, disminuída por los deshielos como un caramelo que los niños transforman en agudas puntas á fuerza de chuparlo.

Aquel obelisco estaba coronado de un glorioso penacho de cintas un poco marchitas que sujetaban un cartelón, en el que el escritor público del barrio había trazado en letras mayúsculas la siguiente cuarteta, que se balanceaba entre dos linternas:

Al lado de tu esposo bienhechor,
Ocupa, reina, el puesto preparado;
Que, aunque es de hielo el monumento alzado,
Otro tiénés eterno en nuestro amor.

Allí fué donde Belus tropezó con la primera dificultad seria. El monumento, que estaban encendiendo, había atraído una multitud de curiosos; estos formaban una masa compacta, y no se podía atravesar por entre ella al trote.

De consiguiente forzoso fué poner á Belus al paso.

Pero se había visto á Belus venir como un rayo; oíanse los gritos que le perseguían, y, aunque al aspecto del obstáculo se había parado, la vista del cabriolé pareció producir en el gentío el peor efecto.

Sin embargo el gentío aun abrió calle.

Pero después del obelisco llegaba otro motivo de reunión.

Las verjas del Palacio Real estaban abiertas, y en el patio había inmensos braseros calentando á todo un ejército de mendigos, á quienes algunos lacayos del señor duque de Orleans distribuían sopas en escudillas de barro.

Pero, por numerosos que fuesen los que comían y se calentaban, aun lo eran menos que los que miraban calentarse y comer; en París es costumbre que un actor, haga lo que haga, tenga siempre espectadores.

El cabriolé, después de haber superado el primer obstáculo, tuvo que pararse ante el segundo, como hace un navío en medio de los escollos.

En aquel mismo instante, los gritos que las dos señoras no habían oído hasta entonces sino como un ruido vago y confuso, llegaron á sus oídos distintamente en medio de la barahunda.

Gritaban:

— ¡ Abajo el cabriolé! ¡ abajo el cabriolé!

— ¿ Es á nosotras á quienes se dirigen esos gritos? preguntó la señora que conducía á su compañera.

— En verdad que tengo mucho miedo, señora, respondió ésta.

— ¿ Acaso hemos atropellado á alguno?

— ¡ Abajo el cabriolé! ¡ abajo los atropelladores! gritaba con furia el gentío.

La tempestad se iba formando, acababan de coger el caballo por la brida, y Belus, que gustaba poco del contacto de aquellas manos rudas, pafaba y espumaba terriblemente.

— ¡Á casa del comisario, á casa del comisario! gritó una voz.

Las dos mujeres se miraron pasmadas en extremo.

Al punto repitieron mil voces :

— ¡Á casa del comisario, á casa del comisario!

Entretanto los más curiosos se adelantaron á mirar á quiénes iban dentro.

Los comentarios circulaban de boca en boca.

— ¡Calla! ¡son mujeres! dijo una voz.

— Sí, mujercitas para los Soubise, mancebas para de Hennin.

— Actrices de ópera, que se creen con derecho de atropellar á los pobres porque tienen diez mil libras mensuales para pagar los gastos del hospital.

Un *hurra* furioso acogió este último apóstrofe.

Las dos señoras experimentaron diversa sensación. La una se acurrucó trémula y pálida en el cabriolé, la otra asomó resueltamente la cabeza frunciendo el entrecejo y apretando los labios.

— ¡Oh, qué hacéis, señora! exclamó su compañera atrayéndola hacia adentro.

— ¡Á casa del comisario! ¡á casa del comisario, y se sabrá quiénes son! segufan gritando con encarnizamiento.

— ¡Señora, estamos perdidas! dijo la más joven al oído de su compañera.

— ¡Ánimo, Andrea, ánimo! respondió la otra.

— ¡Pero van á vernos, y quizás os reconocerán!

— Mirad por el vidrio del testero si Weber viene aun en la trasera.

— Trata de apearse... pero le sitian... él se defiende.... ¡Ah! ahí viene.

— ¡Weber, Weber! haz que nos podamos apear, dijo la señora en alemán.

El ayuda de cámara obedeció, y merced á dos empujones con que rechazó á los asaltantes, abrió la portezuela del cabriolé.

Las dos señoras se apearon con presteza.

En aquel intermedio, el gentío la tomaba con el caballo y el cabriolé, cuya caja principiaba á despedazar.

— ¡Pero, Dios mío! ¿qué significa esto? dijo en alemán la mayor de las dos señoras. ¿Sabéis lo que es, Weber?

— Á fe mía que no, señora, respondió el criado, mucho más contento de explicarse en esta lengua que en la francesa, y distribuyendo patadas á diestro y siniestro para librar á su señora.

— ¡Estos no son hombres sino animales feroces! prosiguió la señora, hablando siempre en alemán. ¿Qué me acumulan? Veamos.

En el mismo instante, una voz cortés, que formaba un singular contraste con las amenazas y las injurias de que eran objeto las dos señoras, respondió en sajón puro :

— Os acumulan, señora, el que infringís la orden de policía que se ha publicado esta mañana en París por la que se prohíbe hasta la primavera la circulación de cabrioles, muy peligrosos ya cuando el piso está bueno, y que serían funestos para los transeuntes en tiempo de hielos cuando no se puede huir de sus ruedas.

La señora volvió la cabeza para ver de donde venía aquella voz fina, en medio de tantas amenazadoras, y percibió un joven oficial, quien, para acercarse á ella, sin duda

había tenido que pelear con tanta valentía como peleaba Weber para mantenerse en su puesto.

La cara graciosa y distinguida, la elevada talla y postura marcial del joven agradaron á la señora, quien se apresuró á replicar en alemán :

— ¡Dios mío! caballero, ignoraba esa orden; no tenía el menor conocimiento de ella.

— ¿Sois extranjera, señora? preguntó el joven oficial.

— Sí, señor; pero, decidme qué debo hacer; pues están despedazando mi cabriolé.

— Es preciso dejar despedazarlo, señora, y en el entre tanto escabulliros. El pueblo de París está furioso contra los ricos que ostentan el lujo en presencia de la miseria y en virtud de la orden publicada esta mañana os conducirán á casa del comisario.

— ¡Oh, jamás, jamás! exclamó la más joven de las dos señoras.

— Entonces, repuso el oficial riendo, aprovechaos de la brecha que voy á abrir entre el gentío, y escapaos.

Esas palabras fueron dichas con una desenvoltura que hizo comprender á las extranjeras que el oficial había oído los comentarios del pueblo sobre los cortejos de MM. de Soubise y de Hennin.

Pero la ocasión no era á propósito para andarse en reparos.

— Dadnos el brazo hasta un carruaje de alquiler, caballero, dijo la mayor con una voz llena de autoridad.

— Iba á alborotar vuestro caballo, y en el barrullo producido necesariamente por ese movimiento, habríais podido escabulliros; porque el pueblo se cansa de estar oyéndonos hablar en una lengua que él no comprende, dijo el

joven, que deseaba vivamente declinar la responsabilidad de una protección arriesgada.

— ¡Weber! exclamó la señora con fuerte voz, haz que Belus se alborote para que todo este gentío se asuste y se retire.

— ¿Y después, señora?

— Después, quédate aquí, mientras nosotras nos marchamos.

— ¿Y si rompen la caja?

— Que la rompan, nada importa: salva á Belus si puedes, y sobre todo sálvate á tí; he ahí lo único que te recomiendo.

— Está bien, señora, respondió Weber.

Y en el mismo instante hostigó al irritable irlandés, que dió un bote en medio del gentío y derribó á los más acalorados que se habían agarrado á las bridas y á las barras del cabriolé.

Grandes fueron en aquel momento el terror y la confusión.

— ¡Vuestro brazo, caballero! dijo entonces la señora al oficial; ¡venid, querida! añadió dirigiéndose á Andrea.

— ¡Vamos, vamos, intrépida mujer! murmuró en voz baja el oficial dando al mismo tiempo el brazo con una admiración verdadera á aquélla que se lo pedía.

En algunos minutos, condujo á las dos señoras á la plaza inmediata donde estacionaban algunos fiacres aguardando sus parroquianos; los cocheros dormían en el pescante, mientras que sus caballos, con los ojos medio cerrados y la cabeza baja, esperaban el mezuño pienso de la noche.